



## CARTA DE SU SANTIDAD, DIRIGIDA AL AUTOR DE LA OBRA.

---

PIUS PP. IX.

**D**ILECTE *fili, salutem et Apostolicam benedictionem.*—*Accepimus cum tua epistola, IV Nonas Martii hujus anni ad Nos data, bina volumina quæ ad Historiam pertinent Escorialensis Cænobii, quam tibi, ut scribis, exarandam proposuisti. Plurimas tibi pro dono ipso gratias persolvimus, quamvis de tuis iis libris, tantis ut sumus curis et occupationibus distenti, nihil quidquam potuerimus degustare. Deum Optimum Maximum enixe precamur, ut multa te augere dignetur cælestium munerum copia, atque horum auspiciem Apostolicam benedictionem tibi, dilecte fili, intimo paterni cordis affectu amanter impertimur.*—*Datum Romæ apud S. Mariam Majorem, die 13 Augusti, anno 1856, Pontificatus Nostri anno XI.*—Pius PP. IX.

### TRADUCCION DE LA CARTA DE SU SANTIDAD.

---

Querido hijo: recibe nuestra salutacion y la bendicion Apostólica. Hemos recibido con tu carta del 4 de marzo de este año las dos entregas que pertenecen á la *Historia del Real Monasterio Escorialense*, la que segun dices te has propuesto llevar á cabo. Muchas gracias te damos por este don, á pesar de que nuestros cuidados y ocupaciones no nos permitirán saborear, como quisiéramos, tu libro. Sin embargo, rogaremos al Dios grande y bondadoso se digne aumentarte la abundancia de sus dones celestiales, y bajo sus auspicios, querido hijo, recibe la apostólica bendicion de este corazon paternal, *que te distingue* con su afecto. Dado en Roma en Santa María la Mayor, á 13 de agosto de 1856, y de nuestro pontificado el oncenno.—*Pio IX.*—A mi querido hijo Antonio Rotondo.

---

## CARTA DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

---

Amigo Rotondo: la última entrega que acabo de leer de su apreciable obra del Escorial, pone en mis manos la pluma para darle la mas cordial y cumplida enhorabuena por el modo con que va dando cima á tan gigantesca empresa. Repito á V. lo que mil veces de palabra le tengo dicho: ni en la parte espositiva ni en la editorial, creo haya en España quien se hubiera atrevido á acometer el trabajo que V. lleva casi vencido: y si el Gobierno apreciase como yo los esfuerzos de V. no vacilaria en protegerle, auxiliarle, y aun premiar su laudable constancia por dar á conocer al mundo nuestras glorias nacionales, nuestras bellezas artísticas.

Reciba V. pues, el agradecimiento de este pobre escritor, ya que mas no puede ofrecerle, mientras llega el momento de darle un apretón de manos su siempre afectisimo S. y A., *Francisco Martinez de la Rosa.*—Madrid 20 de setiembre de 1860.



## CARTA DEL SR. D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

—:—

Mi estimado amigo: desea V. saber mi opinion sobre su *Historia del Real Monasterio*, y aunque dominando en la obra la parte artística (y no puede menos de ser así tratándose de una verdadera maravilla del arte), mis escasos conocimientos en la materia privan en esta parte de toda autoridad á mi elogio, y tampoco presumo en ella para lo que se contrae á la parte literaria, no creo apartarme de lo que reclama la estricta justicia afirmando que la publicacion á que me refiero reúne cuantos atractivos se pueden pedir á un libro de esta clase. Bastaba á darle subido mérito el patriótico pensamiento que le dictó, y á escusar lo que como toda obra humana tenga de imperfecto, la suma diligencia con que V. preparó sus inmensos materiales, las vigiliass y dispendios que se impuso para adquirirlos y ordenarlos, y el arrojoo, superior á todo encomio, con que calculando acaso en menos de lo que monta el desusado coste de una edicion ilustrada y verdaderamente monumental, ha comprometido V. en ella su modesta fortuna, obtenida en largos años de ejercer con notable crédito una honrosa profesion. Y no digo esto por desconfiar de que la obra, favorecida ya con razonable número de suscritores, y con la protección de la Superioridad (que es de esperar sea mayor en lo sucesivo) cubra sus gastos en breve, y una vez llegada á su término, ya no distante, produzca aunque lentamente utilidades (ojalá sean cuantiosas, como las merece y yo deseo), sino por ser de tal naturaleza que requiere años para ser concluida; y no siéndolo se arriesgaba V. á perder sin recurso el capital anticipado. Su fe de buen español y de artista no le permitió ver, contemplando el *immortal* edificio á que consagraba sus páginas, una contingencia tan óbvia como la *mortalidad* siempre inminente del hombre mas robusto.

Historias mas ó menos interesantes del Escorial, no nos faltaban; catálogos manuales de las bellezas que contiene, tampoco; pero una obra que circunstanciada y concienzudamente las presente á los ojos, y las explique al entendimiento, y espere el autor, procedencia y vicisitudes de cada una de ellas, con ser tantas, eso es lo que nos faltaba; ese gran vacío que debia ruborizarnos, es el que V. mereciendo bien de la patria, está llenando. Asombra en verdad tanta copia de preciosas láminas, viñetas y todo género de grabados y adornos tipográficos con que ameniza V. y comprueba el testo, utilizando la habilidad de acreditados artistas, todos españoles, para que tampoco falte á empresa tan meritoria esta recomendacion. Planos; vistas de aquel prodigio arquitectónico, ya en su conjunto ya en los diferentes cuerpos que le constituyen; diseños de todos sus pormenores importantes; profusion de retratos de cuantos intervinieron en la traza y ejecucion de aquella en todos conceptos grandiosa mole, y de cuantos personajes célebres, cada cual á su manera, por las letras ó por las armas unos, por sus virtudes ó por sus maldades otros, figuraron de relieve en aquel siglo tan dramático, tan fecundo en ruidosos y trascendentales sucesos, todo esto da sumo interés á una lectura que, sin ello, cansaría á la generalidad de los lectores, dándoles además una idea confusa, imperfecta, del objeto del libro.

Por otra parte, siendo el augusto devoto de San Lorenzo, y fundador de la insigne Basilica con su advocacion erigida, el mas poderoso Monarca en Europa en su tiempo, condicion tan singular la suya, y tal su conducta que mientras vivió, y aun hoy, tres siglos despues, dió y da ocasion á tan opuestos juicios, no era posible historiar la fundacion del Escorial sin trazar al mismo tiempo, aunque sumariamente, la biografia de Felipe II, y los mas culminantes acontecimientos de su reinado. El cumplimiento de este indeclinable deber, lejos de embarazar á V. para cumplir su mas esencial propósito, ha contribuido á que sea menos, no diré lo árido, pero sí lo sobradamente grave y técnico de la materia para lectores profanos, como yo confieso serlo; y no dañan tampoco al aliciente de la narracion algunas anécdotas picantes y curiosas, ingeridas con sóbria oportunidad. El estilo es el que conviene á una obra didáctica; el lenguaje, salvo algunos leves lunares, castizo y correcto.

Es cuanto, segun mi limitado pero leal saber y entender, se me ocurre decir á V. sobre el particular, y lo hago al correr de la pluma, sin pretension de que algo signifique mi juicio.

Queda de V. apasionado amigo y atento S. S. Q. S. M. B., *Manuel Breton de los Herreros*.—20 de marzo de 1861.



# JUICIO CRITICO

sobre la *Historia descriptiva, artística y pintoresca del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*,  
escrita por D. Antonio Rotondo.

## I.

Después del contenido de las dos últimas cartas precedentes; cuando notabilidades literarias de primer orden, como los Sres. Martínez de la Rosa y Breton de los Herreros, que las suscriben, han emitido, aunque con brevedad, su autorizada opinión acerca del mérito de la obra monumental que las produce, solo el deseo de rendir un modesto tributo de admiración al genio pudo inducirnos á consignar en estas líneas, y bajo la única garantía de nuestro nombre, la apreciación analítica de esa misma obra, con toda la franca sinceridad que caracteriza al escritor independiente y libre al llenar un acto profesional con la conciencia del criterio, sin la cual abdica el censor su carácter.

Circunstancias de cierta índole han venido á prestar nuevo estímulo á este mismo acto espontáneo, que reasume al propio tiempo determinados puntos de compromiso, dándole el colorido de crítica, y elevándole hasta la clasificación genérica de un fallo, aunque sin pretensiones magistrales, que estamos bien lejos de arrogarnos.

Siete años há los amantes de la literatura y de las artes; los que llevando el nombre español, entusiastas por las glorias nacionales, sentimos latir el corazón y dilatarse ante todo pensamiento grande y patriótico; los que animados por el fuego sacro de la inspiración marchamos en las providenciales vías del progreso, ese aliento de la Divinidad que le dicta; nosotros, obreros de una santa y filantrópica empresa, que propaga la ilustración y las luces en las sociedades modernas al abrigo de la civilización que las da nervio, dudábamos al simple anuncio de la *Historia descriptiva, artística y pintoresca del Real Monasterio del Escorial*; esa publicación gigante, que solo pudo concebir un hombre emprendedor como el Sr. Rotondo, dudamos, sí, de que pudiera continuar, ni mucho menos llevarse á cabo su empresa, á no contar con ciertos auxilios supremos que son de todo punto indispensables para las de su clase. Debió haber quizás quien, midiendo en toda su extensión la magnitud del asunto, la constancia y costosos dispendios que requería su realización, no solo creyera esta problemática, sino que ante una triste experiencia viera en el autor al especulador empírico, ó cuando menos al hombre jactancioso y vano que, encubriendo una intención malévolá, tratara de deslumbrar y sorprender la buena fe del público con ese anuncio pomposo, mientras que otros con más cordura, y entre ellos el que suscribe, inquiriendo prudentemente ciertos datos íntimos que pudieran ilustrar la cuestión planteada ya en el terreno del problema, no pudieron dejar de creer garantizado ese atrevido rasgo entusiasta por la acrisolada probidad de un nombre siempre digno, cuya reputación literaria y social no podía jugarse á un insidioso ardid de interés, ni á una sórdida especulación, siempre reprobable y procaz en su hipótesis, y ajena por lo tanto de las almas grandes.

Y sin embargo, al penetrar en el fondo de esas mismas investigaciones, conducidas acaso por un secreto instinto de curiosidad bien comprendida, pudimos desentrañar una verdad bien triste, sobre la cual, para levantar el pedestal de una creencia sólida, la de que pudiera llegar á término la publicación de que se trata, era necesario hacer de nuevo un llamamiento sincero á la fe tradicional que pudo inspirarnos siempre el carácter del Sr. Rotondo, con cuyo nombre honrábanse tiempo há las letras, la sociedad y las artes.

Esta serie de particularidades, que forman uno de los episodios más críticos de la vida laboriosa del autor, han debido permanecer en silencio, desconocidos del público hasta el presente, por motivos verdaderamente justos; pero ahora ya que han desaparecido, alejado el temor de hacer vacilar la voluntad de ese mismo público, más ó menos interesado en la conclusión de la obra que nos ocupa, y obtenida la autorización competente, un deber imperioso nos obliga á consignar esas revelaciones que deben honrar ese nombre ilustre, imprimiéndole otro sello más meritorio y digno.

El autor que ¡triste es decirlo! en cualquier otro país pudiera haberse prometido una protección adecuada á la grandeza de su pensamiento, cuya idea se proponía nada menos que dar á conocer en toda su propiedad verídica la historia y vicisitudes de ese grandioso monumento, con razón calificado como la octava maravilla del orbe, reproduciendo sus bellezas artísticas con todos sus detalles; ese hombre, sin otro norte que la inspiración del genio sediento de gloria, al calcular las proporciones titánicas de su empresa, consultó sus fuerzas propias, y las encontró débiles, sí, pero no abatidas; pulsó las puertas del poder con dignidad, cual cumple al carácter caballeresco español, que no sabe adular ni envilecerse; y aunque pudo vislumbrar una esperanza, no era en verdad un hecho práctico que, coadyuvando directamente á la misma empresa, venia á prestarle vida propia, y un apoyo proporcionado á la altura de la necesidad que le reclamara: en una palabra, el



Gobierno español no miró con todo el interés que debiera este asunto, que hasta cierto punto pudiéramos llamar de honra nacional, y solo andando el tiempo prestó una protección tan miserable y débil, que apenas merece tal nombre. Solo SS. MM. se han dignado dispensarle su munificencia particular en un grado que les distingue, y cuyo auxilio, aunque insuficiente para llenar el gran vacío de que se trata, puede decirse que es el único medio remunerativo destinado á tan noble objeto. ¡Oprobio y mengua para el nombre español ante el criterio de las naciones cultas!

Sin embargo, esta indiferencia, ó mejor dicho, este desaire, que no se ha tratado de reparar con el tiempo, lejos de abatir el ánimo decidido del atleta, dióle al contrario nuevo brio. Sublevado el orgullo castellano, herido en su más sensible fibra, arrojó la explosión que produjo la ardiente llamarada del genio, y jugando al azar la fortuna entera de su familia, fruto de un laborioso y dilatado ejercicio profesional, realizó sus bienes y acometió la árdua empresa, solo, sin otro auxilio que este y el de la fe que, según la Biblia, tiene harto poder para arrastrar las montañas al soplo de su potente influjo.

Comprendiendo, ó mejor dicho, adivinando que la obra sería en cierto modo mejor recibida en el extranjero que en su misma patria, el Sr. Rotondo, que en verdad no creemos tenga motivos para arrepentirse de su cálculo, emprendió simultáneamente con la española una edición francesa, dignas en un todo ambas de rivalizar en lujo tipográfico con las mejores del extranjero, y que honran por cierto al establecimiento que las da á luz; y este doble esfuerzo, que venía á duplicar el capítulo de gastos de una obra sumamente costosa, agrandaba el círculo de acción de ese ánimo denodado y constante, que marchaba sereno á su propósito.

Siete años há, mudos espectadores de esa lucha desesperada, nuestra ansiedad contempla al hombre siempre infatigable, redoblando sus bríos por dar honrosa cima á esa misma empresa que de cualquier suerte le inmortaliza: siguiendo su anhelante empeño, y observando todas sus fases, vímosle ya languidecer en el último período de ella, agotados los medios y facultades, arruinada, como no podía menos de suceder, su suerte, y postrado el ánimo, no por las consecuencias materiales de este contratiempo, sino más bien por esa úlcera moral que pudiera sufrir su pundonor, hasta este punto susceptible y delicado.

La crisis fue terrible, y solo se ofrecía un medio capaz de conjurarla: el de un buen editor que se encargara por cuenta propia de terminar la impresión y publicación de la obra. Don Antonio Rotondo tuvo la buena suerte de hallarle, y aceptando este medio providencial que se le ofreciera, apresuróse á ceder su propiedad favorita al acreditado editor D. José Gil Dorregaray, á trueque de poder tener la satisfacción de ver coronado su compromiso, dejando así á salvo ese sentimiento honroso de delicadeza, que era el sueño dorado de sus ansias.

Estas circunstancias que, á fuer de imparciales, hemos debido consignar, han influido naturalmente en la marcha editorial de la obra, y explican la irregularidad de ciertos trabajos, del período de aparición en algunas entregas y de otros pormenores que, alterando á veces las condiciones del programa, pueden acaso haber producido inculpaciones inmerecidas, puesto que obras de esta clase merecen la calificación de ediciones régias, que solo los Gobiernos y no los particulares, á no contar con determinados auxilios, pueden llevar á término.

## II.

Conocidos los anteriores detalles, y en cumplimiento de nuestro cometido, venimos á ocuparnos ahora de la crítica literaria de la obra del Sr. Rotondo.

Y en verdad que escribir un juicio crítico completo, después del estudio analítico y minucioso que acabamos de hacer del texto, nos parece poco menos que de todo punto difícil: tal es, pues, la inmensa profundidad que encierra, y que crea un constante embarazo para clasificar y coordinar sus pormenores. Historias y descripciones más ó menos exactas del Escorial conocíamos ya de antemano; pero siempre incompletas, prosáicas, impertinentes, y plagadas de defectos de propiedad y estilo; mientras otras, especie de rapsodias ó plagios con retumbante título, se han anunciado con pretensiones pomposas, sin llenar apenas una parte sustancial del asunto que se propusieron sus autores.

También conocemos catálogos descriptivos de sus bellezas artísticas, conjuntos compilativos ó anecdóticos, cuadros parciales, bocetos sin trabazón ni método, ligeramente zurcidos; y si bien, en medio de ese abigarrado juego de compendios, de descripciones, de notas y efemérides, partes todas de un gran todo, resalta algo de apreciable y digno, nunca ha bastado para llenar el gran vacío, correspondiendo á la vez al mérito artístico-histórico del monumento: en una palabra, la *Historia descriptiva del Escorial* no ha existido, propiamente hablando, hasta ahora, con su origen, sus vicisitudes y sus bellezas materiales, fielmente reproducidas con el buril y la pluma, y todo con un lujo verdaderamente régio, que da un vivo testimonio de los adelantos tipográficos en España, según ya indicamos y tendremos ocasión de reproducir más adelante, al ocuparnos de la parte artística.

La *introducción* de la obra del Sr. Rotondo, leída con la detención que merece, es ya un reflejo, aunque pálido, del gran todo á que se refiere: semejante al átrio que sirve de ingreso á un soberbio edificio, revela ya á primera vista una idea



grandiosa, destinada á preparar el ánimo y predisponer el entusiasmo del filósofo y del artista á la contemplacion de esos cuadros magníficos, que forman ese primoroso conjunto tan felizmente combinado, y conducido con tal lujo de conocimientos prácticos.

Y en verdad que entrando de lleno en el examen crítico del cuerpo de la obra, asombra esa multitud de pormenores y datos históricos, extractados todos con oportunidad de fuentes orijinales y verídicas, y descartados de ese fárrago insustancial que hemos observado en otros autores fanatizados hasta la supersticion y el absurdo; ese fondo de elucubraciones históricas; y esa armonía de conocimientos, tan hábilmente subordinados á un criterio casi siempre atinado y recto. El P. Sigüenza, Fr. Juan de S. Gerónimo, el P. Quevedo, Mendoza, Fr. Jimenez Walson, Lasso de la Vega (Jorge), Poleró, Soriano Fuertes, Weis, Fr. Antonio Moreno, Fr. Carlos de Arganda, Emilio Begin, Fabraquer, S. Miguel, Lafuente, los comentarios de Mendoza, el Memorial de Antonio Perez, Archivo general de Simancas y otros varios autores anónimos, forman el catálogo de autoridades selectas que el autor ha consultado, constituyendo con ello un caudal de anotaciones que enriquece la obra y da testimonio verídico de su fondo, juntamente con los curiosísimos documentos originales que en el testo se insertan, y que contribuyen á realzar mas y mas la importancia sustancial del conjunto, con toda la sincera veracidad que requiere, y empleando siempre las galas de una erudicion cumplida.

La parte narrativa, árida por demás y monótona ordinariamente en este género de obras, en que el cronista se ve precisado á hablar á cada paso de frailes y de repeticiones continuas, despréndese, digámoslo así, de su esfera, para tomar un colorido dramático, chispeante y ameno, en que el autor, empleando un juego ingenioso de lenguaje y un estilo brillante, tan pronto injiere el género anecdótico, como dando vuelo al racionalismo, elévase á las regiones de la filosofía, haciendo hábiles escursiones científicas por el campo de la historia y de las artes, mostrándose á toda la envidiable altura de esa reputacion literaria que admiramos en el mundo de la inteligencia.

Desde su origen trata el Sr. Rotondo el grandioso asunto de su obra con toda la espedita lucidez que le caracteriza; sigue paso á paso toda su prodigiosa historia, sin omitir circunstancia alguna memorable; y asociando á esta idea primordial otras dignas de mérito por medio de evoluciones siempre oportunas, el cronista, dueño de ese periodo histórico de tres siglos, pasa revista á todos los principales acontecimientos coetáneos que durante el mismo acaecen en España, y aun en Europa, y que tienen alguna cohesion y enlace con el asunto principal que nos ocupa. Trátase, en fin, en esta obra, no de la historia propiamente dicha y aislada del monasterio del Escorial, sino del epitome ó crónica nacional compendiada del período de esos tres últimos siglos, que marcan la altura y decadencia de las dos familias reinantes mas poderosas de Europa. Don Juan de Austria, el Príncipe D. Carlos, las Princesas de Eboli y de los Ursinos, Valenzuela, Antonio Perez y su secretario Escobedo, el Conde-Duque de Olivares y su privanza, Carlos II y su corte, todos los monarcas y potentados contemporáneos, con los hechos mas notables de su tiempo, los priores y monjes del Escorial, los personajes que figuraron y contribuyeron con sus talentos y luces á su portentosa fábrica, etc., todo se retrata en el testo, fotografiado, por decirlo así, y con una táctica tan prudente y cauta por parte del autor, que deja reflejar á primera vista al hombre de mundo experimentado y sábio.

Al consignar los episodios de mas bulto metódicamente ordenados, el Sr. Rotondo no decae de esa profundidad que no puede en justicia negársele, y que viene á constituir el mas fundado elogio de su obra: la série anecdótica, que abraza sin interrupcion el curso de la fábrica y decorado interior del edificio principal y sus anejos; la inauguracion del templo y del panteon, con la traslacion á este de los régios cadáveres y fastuoso ceremonial que se desplegó en ambos casos; el motin de los operarios durante la construccion de esa nueva torre de Babel tan gigantesca, y la indulgencia, tan rara en Felipe II, otorgada en favor de los mismos por mediacion del célebre monje Villacastin; el desastre desgraciado de la armada *Invincible*; la asoladora guerra de los Países-Bajos, con la imprudente presion del Duque de Alba; los disturbios políticos de los fueros de Aragon; la liga de Francia, tan célebre; el incendio y restauracion del edificio; su profanacion primera y reparacion en tiempo de Carlos II y prision violenta de Valenzuela, Marqués de Villasierra; su segunda profanacion y espoliacion sacrilega por los franceses, y su inmediata reparacion, merced á los esfuerzos de una piadosa reina, con todas las demás particularidades ocurridas hasta la época de la esclaustracion, forman esa encadenada série de episodios que ya indicamos, y que vienen á enlazar la accion histórica, dándola aún mayor interés y vida propia.

Las anécdotas del *Perro del Escorial*, de Juan Pareja y Rubens, la de la célebre *Monja corredora*, segun el P. Sigüenza, apellidada además por el Nuncio Apostólico Segá con el dictado de *Femina inquieta y andariega*, aludiendo ambos á Sta. Teresa, etc., todos estos y otros muchos pormenores, incrustados, como si dijéramos, al aire, y sin que perjudique su reseña á la accion principal, dan á la obra un caracter de variedad suma y un marcado atractivo.

Precioso conjunto de bellezas clásicas, digno por mas de un concepto de la grandeza y magnificencia del monumento á que se contrae, la obra del Sr. Rotondo, al comprender todo cuanto en cualquier concepto se refiere á la construccion y existencia de esa obra de siglos, revela desde luego un fondo de estudio, una laboriosidad y un tino poco comunes, dotes apreciables que enaltecen mas y mas la fama del escritor citado.

Hay viveza y nervio en todo el discurso de la obra, sostenidos vigorosamente y con tal arte, que lejos de decaer su interés, se aumenta á medida que el autor avanza, conducido por esa creciente ansiedad que ya se anuncia desde la primera página.